

## FEBRERO, 2034 †

*Iván Molina Jiménez*

**L**a voz venía de lejos. La imagen de un bosque bajo la lluvia se desvaneció lentamente. Luis Dobles se aferró a su sueño, pero ya era muy tarde. Las palabras corrían por todo el apartamento. La cortina, al frente de su cama, se descorrió en silencio y el sol se desparramó, en desorden, por el dormitorio. De la cocina, salía un olor a café y a pan caliente.

-¡Buenos días, don Luis! ¿Durmíó bien?

-Sí, gracias Matilde.

-¿Desayunará en la cama?

-No. En la cocina.

Jamás desayunaba en la cama, pero Matilde estaba programada para preguntárselo. Se levantó y la cama empezó a tenderse. Caminó a la cocina y se sentó de espaldas a la ventana.

-Don Luis, en treinta segundos me conectaré a la computadora del Tribunal Supremo de Elecciones.

-Lo sé. Es inevitable.

Miró el reloj que colgaba en la pared y esperó con una evidente expresión de fastidio. A las ocho en punto, una orquesta invisible empezó a tocar el Himno Nacional, compuesto casi dos siglos atrás por un músico que vendía partituras arregladas.

-“Costarricenses -era una voz masculina-. Votar es el deber y el derecho más sagrado de todo ciudadano; en las urnas, se afirma la voluntad de los pueblos que son libres y soberanos. Hoy, primer domingo de febrero, es un día de fiesta nacional; de nuevo, seremos distintos. Al emitir el sufragio, le diremos al mundo que en Costa Rica la democracia florece cada vez más. Dios y la Patria...”

Luis cerró los ojos. “Lo mismo de siempre”, pensó. Se levantó y se acercó a la ventana.

† Todos los personajes y situaciones descritos son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Vivía en Los Yoses, en el último nivel de "Soho", un edificio de 25 pisos, uno de los condominios más caros y exclusivos de San José. La vista era magnífica: distantes y siempre azules, las montañas, con sus cimas desprovistas de nubes; por el oeste y casi besando los rascacielos, una luna de día brillaba con languidez; y abajo, en las calles, miles de autos, muchos con enormes banderas y -se imaginó Luis, cuyo apartamento estaba insonorizado- "de seguro pitando a lo loco".

El discurso de apertura de las urnas iba a finalizar; después, vendrían las instrucciones, que todos conocían ya, desde que se computadorizó la votación, a fines de la década del 2.000. Se podía votar casi en cualquier lugar que contara con un computador XI600, especializado en tareas domésticas: cárceles, burdeles, bancos, cines, templos, discotecas, boticas, hospitales, comisarias, supermercados, tiendas y -un privilegio de los ricos y la clase media - en la propia casa o apartamento.

- "...enorgullézcase de ser costarricense y goce del privilegio de votar. ¡Vote, por Costa Rica!" - El eco de la última frase todavía se oía, cuando una voz femenina se abrió paso: "Votar es fácil y lo podrá hacer de las 8 de la mañana a las 6 de la tarde. Acérquese a cualquier *servidora* - designación popular del XI600 - y dígame que desea votar. En la parte inferior derecha de la pantalla, aparecerá un pequeño círculo. Coloque en él su pulgar derecho y espere unos segundos. Si usted está capacitado para votar, se desplegarán, en su orden, tres papeletas: para Presidente, Diputados y Municipales. Asegúrese de votar correctamente. Fíjese en el color de la bandera de los partidos y en el nombre de los candidatos."

La última palabra terminó con un silbido casi musical; después de una breve pausa (innecesaria, ya que esa suave y distinguida voz de mujer procedía del coprocesador oral TJ9), la liturgia electoral prosiguió otra vez.

- "Con cuidado, coloque su pulgar derecho en la casilla de su preferencia en cada papeleta; al retirar su dedo, su impresión digital será visible en la pantalla. Si escoge dos o más

casillas en una misma papeleta anulará su voto; y si transcurrido un minuto después del despliegue de la papeleta usted todavía no ha votado, la papeleta se cerrará y su sufragio quedará como un voto en blanco."

Otro silencio. Luis, de pie frente a la ventana, estaba muy distraído para notarlo. A lo lejos, un avión partía en dos el cielo azul con la estela blanca de su paso.

"De no estar capacitado para votar, la computadora le dirá por qué. Si la respuesta no le satisface, pídale que lo comunique con un oficial del Tribunal Supremo de Elecciones. Proceda de igual forma si, por algún impedimento físico, no puede sufragar de la manera usual. El funcionario le indicará cómo emitir su voto."

La voz de mujer soñada desapareció, desplazada por otra, varonil, severa, casi metálica.

"Si usted no tiene 18 años cumplidos o no es ciudadano costarricense por nacimiento o naturalización, no puede votar; en caso de que lo intente, la computadora le advertirá que por falta de esos requisitos fundamentales, se le impide sufragar. No insista. Tampoco trate de votar dos veces. Se arriesga a incurrir en un grave delito electoral."

La última advertencia se desvaneció, entre el alboroto de los compases iniciales del Himno Nacional. Al finalizar los acordes patrios, Matilde se apresuró a decir:

-Don Luis, estoy a su disposición para cuando guste votar.

**L**a epidemia empezó el primer domingo de un febrero electoral, a fines del siglo XX, aunque en esa ocasión se trató de un caso aislado. Ramiro Zamora, de 80 años, zapatero y comunista en la década de 1930, salió de su casa en Pavas a las tres de la tarde. Veinte minutos después, el bus lo dejó en el Paseo Colón. Tomó Sabana y se bajó en la Catedral. Caminó a la Plaza de la Cultura, en la cual no había un alfiler. A como pudo, se abrió paso, sacó un revólver calibre 38 y disparó tres

veces al aire. La maroma surtió efecto. El bullicio típico de un día de comicios cedió y una multitud angustiada lo miró con miedo. El viejo se quitó el sombrero, escupió y dijo, "este es mi voto". Colocó la pistola en su sien izquierda, y apretó el gatillo.

Los periódicos del lunes encontraron espacio para, entre las declaraciones de ganadores y perdedores, deplorar la locura de Zamora. Pero el impacto del suicidio pasó pronto, gracias a los brotes de tifus y fiebre amarilla que azotaron al país por esa época. Luego, con la vertiginosa privatización del INS, el ICE y la CCSS, y con la subasta de las universidades públicas (compradas a plazos y sin prima por *colleges* de Miami de quinta categoría), el "tiro de don Ramiro" cayó en el olvido.

La sorpresa vino cuatro años después. El domingo de los comicios, veinte personas se mataron porque no tenían por quién votar: diez emplearon un arma de fuego, cinco se defenestraron, uno se ahorcó con una soga fabricada con las banderas de todos los partidos, otro se envenenó al comerse los futuros programas de gobierno y tres, con sus cuerpos desnudos empapelados con propaganda electoral, se prendieron fuego en el Tribunal Supremo de Elecciones. El ahorcado, un poeta de 19 años, fue el único que dejó una carta, en la que decía que "...para qué votar, si lo que significa es elegir entre una mafia u otra."

Los preparativos para impedir que la situación empeorara fracasaron en las elecciones siguientes. Para los comicios del 2010, hubo 1.000 suicidios. Dos años después, en el Ministerio de Salud se creó la Comisión para Evitar el Suicidio Electoral (CESE), la cual se convirtió en Departamento en el 2016 y en una Defensoría en el 2018. El esfuerzo institucional, al cual se sumó la Iglesia Católica, fue enteramente vano. La oleada de autodestrucción crecía cada vez más.

A partir de la campaña del 2022, en las encuestas, se agregó una pregunta específica para calcular cuántos ciudadanos se quitarían la vida. La primera empresa que aplicó ese cuestionario fue acusada de incitar al suicidio

y, por extensión, de conspirar contra la democracia, al promover la extinción del "demos". Pero como lo explicó su Gerente (dueño de una cadena de pompas fúnebres), "...es necesario preveer, incinerar o enterrar 5.000 cuerpos de un día para otro es un problema."

*Muerte feliz*, una compañía funeraria de capital transnacional, fue más allá: por un módico diez por ciento adicional, ofrecía a los eventuales suicidas sepultarlos 24 horas después del fallecimiento, siempre y cuando avisaran con dos semanas de anticipación y cancelaran la mitad del valor del servicio, suma no reembolsable en caso de arrepentimiento. El lema de la empresa era "Para qué angustiar a sus seres queridos. Reserve con tiempo."

El fenómeno de la autodestrucción alcanzó un nivel tan elevado en la elección del 2026, que provocó un acalorado debate en las Naciones Unidas. La Asamblea General, aunque desoyó las voces que exigían una intervención militar, dispuso investigar la epidemia, tarea que se encargó a los doctores Paul Palmerston (descendiente del Primer Ministro británico del siglo XIX) y Edward Leque (hijo de un ex-Presidente de los Estados Unidos). Los dos distinguidos científicos permanecieron un año en Costa Rica, entre visitas a las playas, entrevistas a los deudos de los muertos y conversaciones con los políticos criollos.

El informe de más de quinientas páginas, tras descartar que el agente fuera una malformación genética, revelaba que todos los suicidas eran personas normales (el grupo de más alto riesgo estaba conformado por varones mayores de 40 años). La enfermedad se identificó como asfixia electoral. El síntoma inicial era un cierto desasosiego, seguido por un profundo dolor en la nuca y el desgano sexual. Después, costaba conciliar el sueño y se perdía el deseo de comer y de ver televisión. La actitud taciturna del enfermo disfraza un alza súbita de la conciencia ciudadana, que abría la puerta a la crisis final.

*Electoral syndrome in Costa Rica*, posteriormente publicado por la "Hilary Academic Press", les valió a Palmerston y a Leque el Premio Nobel de

Psicología del año 2028. La conclusión básica de la obra (aunque para algunos de valor puramente interpretativo) era que la autodestrucción de los ticos obedecía al creciente deterioro moral de su clase política. De acuerdo con el llamado "Gráfico de las tres curvas", el alza en la tasa de corrupción de los políticos desencadenó una ascendente frustración ciudadana, que se expresó en variados comportamientos anti-sistémicos, uno de los cuales era el suicidio.

El estudio de Palmerston y Leque terminaba con una propuesta para enfrentar la epidemia, la cual no se puso en práctica, ya que su eje era un extenso programa de moralización y des-corrupción de los políticos. El Gobierno se limitó, en el 2029, a emprender una campaña bajo el lema de "Sea patriota. ¡Vote! ¡No se mate!", que se realizó casa por casa y para la cual se movilizaron maestros y escolares. El escaso éxito que tuvo este plan preventivo fue atribuido por las autoridades a una obra publicada en enero del 2030 por Miguel Angel y José María Ruggiero, titulada *¿Cómo suicidarse en un día de elecciones? Consejos prácticos para elegir el lugar, la hora y el medio*. Los autores fueron acusados por incitar al crimen, pero en dos semanas vendieron 3 ediciones de 20.000 ejemplares cada una.

La discusión en la ONU prosiguió con virulencia el lunes posterior a las elecciones de febrero del 2030, y alcanzó un verdadero climax en junio de ese año, cuando Palmerston y Leque publicaron, en una edición dominical del *New York Tokyo Times*, su sofisticada e inquietante "Sesquicentennial Projection". Apoyados en complejísimo cálculos matemáticos, los célebres psicólogos sociales preveían que en los comicios del 2042, con la conjunción de los 150 años del nacimiento de la democracia en Costa Rica y el centenario de las Garantías Sociales, se verificaría un mínimo de 50.000 suicidios, cifra digna de una pequeña guerra.

La decisión de la ONU fue tajante: si la autodestrucción no empezaba a bajar a partir de las elecciones del 2034, para el 2038 el país sería intervenido. La clase política criolla

perdería todos sus puestos y privilegios y varios de sus líderes podrían ser extraditados y juzgados en el exterior. La administración pública quedaría a cargo de una junta internacional durante un período indefinido, en tanto una nueva generación de políticos probos, visionarios y sinceros era preparada para asumir el relevo.

La capacitación intelectual y moral de la nueva clase política se basaría en un programa internacional, de seis años de duración (sin la tesis), llamado "Political Decency". El plan de estudios sería coordinado desde California por Palmerston y Leque e incluiría actividades como trabajo comunal en Somalia y la India, pasantías en el Vaticano con el Papa y en el Tíbet con el Dalai-Lama, voluntariado ecológico en el Amazonas, recolección de fondos para la Cruz Roja en las autopistas japonesas y periodos de aislamiento y reflexión en la estación espacial "Madre Teresa".

A las 5:50 de la tarde, Matilde advirtió con su voz de criada complaciente: -Don Luis, faltan diez minutos para que se cierren las urnas. ¿Desea votar ya?

-No. Abre la puerta del balcón por favor.

El viento de febrero lo golpeó en la cara con la familiaridad de un viejo amigo.

-Canal 507 por favor.

La televisión se encendió. El periodista, en las afueras de la Defensoría para Evitar el Suicidio Electoral, parecía satisfecho.

-Sube el volumen.

-"gracias a los esfuerzos de las autoridades, todo indica que el número de suicidios será inferior al de elecciones anteriores. En mi reloj, faltan 7 minutos para que termine la votación."

Luis Dobles sonrió. La impuntualidad de los ticos era famosa en todo el mundo, pero desde que se inició la epidemia, solo una persona se suicidó una vez cerradas las urnas: en febrero del 2010, J. R. León, un filósofo que tenía previsto electrocutarse en el jardín de su casa, vio peligrar su deseo, al ocurrir un apagón.

Desesperado, trató de conectarse a la batería del auto, con escaso éxito. Casi al borde del colapso, se acordó de que uno de sus vecinos poseía una planta eléctrica portátil. Lo llamó por teléfono y nadie contestó. Con ira, lanzó el auricular contra la pared, se conectó de nuevo los cables y se sentó a esperar, con filosofía y la vista fija en una de las lámparas de la terraza, que parpadeó treinta segundos después de que terminaron los comicios.

Dado el condicionante del horario, y en un afán por controlar la epidemia, en el 2018 se limitó la votación a dos horas (de 1 a 3 de la tarde). La medida, cuya eventual eficacia se exageró, fue un fracaso y provocó graves disturbios. Lo peor ocurrió en el puente de los Anonos: bajo un sol abrasador, se formaron largas filas de suicidas, en espera de su turno. Exasperados por el calor, el lento avance y la desvergüenza de los que se colaban, pasaron de los insultos a los golpes. El pastor de una secta evangélica trató de calmar los ánimos, pero -por entrometido- fue amarrado a un árbol para que no pudiera suicidarse.

El desorden terminó en un violento enfrentamiento con la policía y en el saqueo del comercio de Escazú. La asociación entre suicidio y pillaje, tejida *(ipso facto)* por la prensa (siempre proclive a inventar conspiraciones), fue desmentida por una joven de 23 años, quien afirmó que el vandalismo fue obra de delincuentes comunes, no de los suicidas. A la vez, agregó -entre sollozos- que su vida estaba destrozada porque su novio sí se mató y ella fue detenida por equivocación.

-Don Luis, le queda un minuto para votar.

La voz de Matilde casi tenía un dejo de preocupación, pero su dueño no la oyó. Trepado en la barandilla del balcón, desnudo, con los brazos extendidos como un enorme albatros, evocaba lejanas tardes de su infancia. De niño fue un excelente nadador. ¿Cómo le gustaba pararse en el borde del trampolín, de espaldas a la amplia piscina de sus abuelos, cerrar los ojos, aspirar profundamente, tensar sus músculos y saltar!

Y saltó.